

Lorena y demás herederos de las mas ilustrés familias de Europa, iniciaban á estos jóvenes príncipes en los padecimientos de los indigentes, conducíanles á los hospitales, estimulábanles á servir á los enfermos, y revelándoles á la cabecera de los moribundos aquella existencia de dolores que inaugurada en la miseria terminaba en el abandono, después de enseñarles á compadecerse de los males, cuyo alivio era tan fácil á su opulencia, y desarrollando á su vista el panorama desolador de la desesperacion de los pobres, les amaestraban en el secreto de la beneficencia. Y no se limitaba á esto solo su mision: después de proporcionar á los educandos pobres protectores que seguian á sus discípulos en todas las carreras, lograron que un Armando de Borbon, primer príncipe de Conti, que se habia enlazado con los vínculos de la amistad en los bancos de los Jesuitas con Molière, Chapelle y Bernier, el célebre viajero, fuese siempre su amigo.

Los Jesuitas, «cuyo Instituto, segun el dictámen de Bonald¹, «es el mas perfecto que ha producido el cristianismo,» se habian hecho un deber de adivinar y aplicar todos los medios mas propios para excitar la emulacion. Uno de los que les dió mas felices resultados en ambos hemisferios fue el establecimiento de las congregaciones de la santísima Virgen, que tomaron su origen en Roma, Nápoles, Perusa y Génova sobre el año de 1569, y bajo la inspiracion del jóven Jesuita Juan Leon, regente de Quinto. Reuniendo este jóven diariamente, y en el intervalo de sus estudios, á los alumnos mas piadosos de las clases inferiores á la retórica, y excitándoles á una mutua caridad, á la ciencia y al amor de Dios, consiguió propagar con tal rapidez esta idea en las casas de la Compañía, que el papa Gregorio XIII, por su bula *Omnipotentis*, expedida en 1684, erigió estas asambleas en congregacion primaria en la iglesia del colegio Romano. El origen de esta afiliacion no habia tenido otro objeto que el de formar discípulos mas perfectos; pero á la sombra de los Jesuitas, cuyo General era el director supremo de estas congregaciones, no solo tomaron como el grano de mostaza un incremento rápido, sino que salvando el recinto del colegio con los jóvenes que de él salian para abrazar una carrera, y que deseaban permanecer en comunidad de oraciones y recuerdos con sus maestros ó discípulos, pasaron á ser un nuevo vínculo de proteccion ó de amis-

¹ *Legislacion primitiva*, tomo II.

tad; se diseminaron por todos los ángulos de Europa é Indias, y enlazaron en la misma asociacion al Oriente y Occidente, á los pueblos del Norte y del Mediodia. Regíanse por unos estatutos, unas reglas, unas plegarias y unos deberes comunes: eran una grande fraternidad que se extendía desde Paris á Goa, descendiendo desde Roma hasta el seno de la ciudad mas ignorada.

Las congregaciones de Aviñon, Amberes, Praga y Friburgo fueron las mas célebres. Las habia compuestas de eclesiásticos, militares, magistrados, nobles, plebeyos, comerciantes, artesanos y criados, ocupadas todas ellas en buenas obras, coadyuvando todas, segun sus facultades, al auxilio de los indigentes, visitando á los enfermos, consolando á los encarcelados, é instruyendo á los niños, y dotando á las jóvenes desvalidas. El Tasso y Lambertini, san Francisco de Sales y Fenelon, Alfonso Liguori y Bossuet, Fernando de Austria y Maximiliano de Baviera, los príncipes de Conti y de Turena; en una palabra, el genio y la piedad, la majestad del trono y la gloria militar, se asociaron á estos comicios presididos por un Jesuita bajo el nombre de director. Cada una de estas asociaciones constaba de un prefecto, dos asistentes y un secretario. Hé aqui cómo estaba formada la de Luis el Grande en 1705: Nicolás de Beaulieu, prefecto; José de Laitre y Antonio Álvarez, asistentes; Francisco Beaufort, secretario, y últimamente, el P. Tournemine la dirigia. El año siguiente se compuso de Timoleon Boissac, Claudio Leclerc, Claudio Atilly, Tomás Bocand y Montigny.

El culto de Maria habia reunido bajo el mismo pendon alumnos de todos los países, que no quisieron separarse de él cuando la edad les hubo franqueado el camino de los honores ó del trabajo. Es innegable que esta agregacion, que abrazaba el universo, duplicaba las fuerzas morales de la Compañía de Jesús; pero protegida esta por los Pontífices, al paso que sostenida por los soberanos, caminaba á la consecucion de su obra sin alarmarse por los ataques de que eran objeto sus prácticas religiosas y su plan humanitario. Acriminábanla en su infancia y la calumniaban en su edad madura; pero Benedicto XIV, aquel gran Papa á quien los Protestantes y filósofos del siglo XVIII han tributado inmensos elogios, no temió en la misma época de su popularidad europea, dar á las congregaciones un testimonio de su aprecio. Educado por los Jesuitas al par que conocedor por experiencia del es-

piritu de las asociaciones que dirigian, puesto que habia formado parte de ellas en su juventud, expidió en 27 de setiembre de 1748 la bula de oro *Gloriosae Dominae*.

Después de haber desarrollado con la mayor elocuencia la idea creadora de Ignacio al sentar los cimientos de la Sociedad de Jesús, añade Benedicto XIV, desde lo alto de la Silla apóstolica: «Entre los ejercicios propios de su Instituto, con los cuales continuán prestando servicios utilísimos, han establecido sabiamente otro, por el que al paso que se dedican á la educacion de la juventud cristiana, inculcándola los mas sanos principios, se han tomado el trabajo de inscribirla en piadosas asociaciones ó congregaciones de la santísima Virgen, Madre de Dios. Consagrados de este modo al servicio y honor de María, enseñan á la citada juventud, en la escuela, por decirlo así, de la que es madre del amor hermoso, del temor y la gratitud, á caminar á la suma perfeccion, y á llegar á la última cumbre de la salvacion eterna. De esta laudable institucion, modificada hasta el infinito por medio de santas y saludables reglas, segun los diversos empadronamientos de los congregantes, al par que gobernada por directores prudentes y dotados de una sagaz prevision, seria imposible enumerar los bienes que emanan en favor de los hombres de todas clases y condiciones. Colocados unos bajo la proteccion de la bienaventurada Virgen desde su infancia en la senda de la inocencia y de la piedad, y conservando, sin jamás extraviarse, unas costumbres puras y una vida digna del hombre cristiano y de un siervo de María, han merecido la inestimable gracia de la perseverancia final; mientras que descariados otros miserablemente por las seducciones del vicio, han regresado desde el camino de iniquidad, en que estaban sumidos, á una plena y sincera conversion mediante los auxilios de la misericordiosa Madre del Salvador, á cuyo servicio se habian consagrado en el seno de las congregaciones; y abrazando después una vida sobria, justa y aun piadosa, han perseverado hasta el fin, sostenidos por la asiduidad de los ejercicios religiosos de estas congregaciones, en este nuevo género de vida.

«Nos, en fin, que en nuestra juventud fuimos miembro de la congregacion de la beatísima Virgen María, erigida bajo el título de la Asuncion en la casa profesa de la Compañía en Roma; «Nos que conservamos el grato recuerdo de haber frecuentado

«sus piadosos é instructivos ejercicios para nuestro mayor consuelo espiritual; Nos, pues, juzgando un deber de nuestro ministerio pastoral el favorecer, promover y secundar con nuestra autoridad y liberalidad apostólicas esas instituciones sólidas y piadosas, que cooperan al adelanto en la virtud, y contribuyen eficazmente á la salvacion de las almas, por nuestras letras expedidas en forma de breve el 24 de abril último, hemos aprobado, confirmado, amplificado y extendido todas las concesiones y privilegios anteriores de nuestros predecesores, como se deja ver por el tenor mismo del rescripto.»

Esta bula de oro, que ponía de manifiesto á los Jesuitas en su plan de instruccion, en sus congregaciones, en sus obras apostólicas y en su misma existencia, aparecía algunos años antes de la destruccion del Instituto. Emanaba de un Pontífice, cuyo sufragio hace todavía autoridad; estaba refrendada por el cardenal Passionei, y explicaba el objeto y los resultados de estas congregaciones, que, nacidas en el interior de los colegios, habian llegado á propagarse con la celeridad que la Orden de Jesús sabia imprimir á sus obras. Era la instruccion simultánea de todas las edades y condiciones, obrando en el rico como en el pobre con el mismo principio, y enlazando á un mismo culto y á un pensamiento idéntico á unos hombres que jamás debian tener entre sí relacion alguna personal. Esta idea de encadenar á los individuos por medio de un lazo religioso, asociándolos á la vez por un dulce recuerdo de infancia, fue para los Jesuitas una poderosa palanca que comunicó á su enseñanza una fuerza de que supieron sacar partido.

Juveny, cuya *Ratio discendi et docendi* es aun la regla de lo bello y de lo verdadero, ha dicho: «Siendo la gramática y latinidad países bastante áridos, es indispensable distraer el entendimiento si se trata de despertarle. Las zarzas solo agradan cuando están floridas.» Bajo estas poéticas imágenes revelaba el Jesuita el secreto de la educacion, cuyo misterio habia profundizado, que habia sondeado el Instituto, y en el que preparaba al maestro y al educando.

Proyectando los Jesuitas hacer amable á la infancia la educacion, la desembarazaban de todas las arideces de escuela, la presentaban bajo un aspecto mas halagüeño, hacíanla progresar con rapidez, y creaban nuevos ramos de estudio. En todas las ciuda-

des abrian cursos públicos de matemáticas; llegando á contar en la de Caen hácia el año de 1667 mas de cuatrocientos alumnos en la sola clase de aritmética y geometría fundada por Luis XIV. El profesor era un Jesuita, á quien Chamillard, intendente á la sazón de la Normandía Baja, dirigió una carta de enhorabuena que tenemos á la vista. Y no era por cierto la Francia mas favorecida que otros reinos. En todas partes se dejaba palpar el incremento dado á las ciencias: llevábanle consigo los Jesuitas, que, poseyendo la industria de la enseñanza, y queriendo que penetrase en todas las jerarquías sociales, y se diseminase bajo todas las formas, ponian en práctica los medios mas ingeniosos. Hacianse niños para instruir y divertir á los niños, y como lo dice un hombre á quien poco há contaba en el rango de sus dignatarios el ministerio de Instrucción pública ¹, habian adoptado un sistema mas en armonía con las costumbres del siglo. Sus colegios estaban abiertos á todas las artes de recreo, sin excluir la música, el baile y la esgrima. La distribucion de los premios era precedida en ellos todos los años, no solo de las representaciones de tragedias llenas de alusiones políticas, sino tambien de bailes compuestos por los reverendos Padres, y ejecutados por los mas ágiles de sus discípulos. Los estudios serios habian pasado á ser entre ellos una especie de recreo. La física consistia en una serie de experimentos recreativos, en que un ayudante venia á manifestar algunos fenómenos eléctricos ó magnéticos, algunas experiencias en el vacío, la circulacion de la sangre en el mesenterio de una rana, y el espectáculo del aumento de varios objetos por medio del microscopio. La historia, cuyo estudio no se conocia aun en las universidades, se aprendia fácilmente por la inspeccion de las medallas.

Por boca de sus mismos adversarios oficiales, y rivales declarados, no eran ajenos los Jesuitas á ninguna clase de estudios, y hasta ensanchaban sus límites. Para hacer fuertes á los jóvenes en el hermoso idioma latino, y para allanarles las dificultades de la lengua francesa, les citaban á certámenes poéticos. Tenemos á la vista una recopilacion de versos compuestos en 1697 y 1699 por los alumnos de los PP. La Sante y Juvency. Estas poesías, que aun en la actualidad podrian pasar por bellas, se hallan firmadas por Pomeran, Breteuil, Rippert de Monclar, Verac, Saint-Ai-

¹ Cuadro de la instrucción secundaria, por Kilian.

gnan, Berthier, de Renneville, Thorigny, Eaubonne, Chauvelin, Riccoboni, Saint-Vallier, Lamoignon, Châteaurenard, Danchet, Coëtlogon y Letellier.

El Jesuita que pasaba á regentar una clase no tenia mas que una ocupacion, á la que se referian todos los pensamientos y todos los actos de su vida eterna. Consagrado en cuerpo y alma á la educacion de sus alumnos, esto venia á ser para él una afeccion, una familia, el universo en fin: con ellos empezaba las clases rudimentales, y los seguia hasta la retórica. « El mayor mérito ¹, dice Voltaire, que contrajo, en nuestro concepto, el Padre Porée en el colegio de Clermont, á que dió su nombre « Luis XIV, fue el hacer amar á sus discípulos la virtud y las letras. » Durante el período de treinta años en que enseñó la retórica, contó entre sus discípulos diez y nueve miembros de la Academia francesa, honor que no tiene igual en los fastos del profesorado. El número de estudiantes, que en 1651 ascendia á dos mil, pasaba de tres mil quinientos en 1675. Cada dia los Jesuitas amoldaban á los alumnos al estudio y á la virtud; cada fin de año los llamaban á brillar en el teatro, donde los mas diestros representaban tragedias y comedias, cuyos autores eran los Padres de la Orden. En 1650 representaron la tragedia intitulada, *Susana* ², en presencia de Luis XIV, todavía niño, á quien acompañaban

¹ Siglo de Luis XIV, tomo I.

² No hemos querido entrar en el debate que los solitarios de Port-Royal y los adversarios del Instituto han suscitado contra él á propósito del teatro, por habernos parecido que, en una cuestion tiempo há resuelta, solo se necesitaba aducir la opinion de uno de los jueces mas ilustrados. Hé aquí cómo se expresa Bossuet en sus *Máximas y reflexiones sobre la comedia*, tomo XXXVII, página 603 de sus *Obras completas*:

« Vense, efectivamente, representaciones asaz inocentes: ¿quién será capaz « de condenar en los colegios las de una juventud arreglada, á la que proponen « sus maestros semejantes ejercicios con el objeto de ayudarles á formar su « «tilo y accion, ó en todo caso para dispensarles al fin del año alguna distrac- « «cion honesta? Y sin embargo, hé aquí lo que dice sobre este asunto una docta « «Compañía, que, con tanto celo y buenos resultados se ha consagrado á la ins- « «trucccion de la juventud: *Es indispensable que las tragedias y comedias, que « «solo deben ser compuestas en versos latinos, y cuyo uso debe ser muy raro, « «tengan un objeto santo y piadoso; que los entreactos sean todos en latin; que « «no contengan cosa alguna que se oponga al decoro, y que jamás se introduz- « «can personajes hembras, y mucho menos el traje del otro sexo.* » (*Rat. stud. tit. Reg. Rect. art. 13*). Bossuet añade: « Se ven cien rasgos como este de pru- « «dencia en los reglamentos de este venerable Instituto. »

Carlos II de Inglaterra y el duque de Yorck; el 19 de agosto de 1658 pusieron en escena la *Athalia* en versos latinos, aquella misma *Athalia* que inspiró á Racine su obra maestra; y por último, el 6 de junio de 1721, descendiendo al Louvre el colegio de Luis el Grande, Armando de la Tremonille, Luis de Mortemart, Esteban de Blanes, Juan Nicolai, Armando de Bethuna-Charost, Fleuriau de Armenonville, Victor Rochechouart, Victor Merliant, Juan Courmont y Gabriel Riquet dieron delante del Monarca la primera representacion de las *Incomodidades de la grandeza*¹.

Cuando en medio de estas solemnidades literarias tomaron la palabra los PP. Labbe, Cossart, La Rue, Porée, La Sante, Menestrier, Joyeuse y todos los predecesores ó herederos de estos veteranos de la enseñanza; cuando, en los ejercicios de esta clase, se entregaban los jóvenes educandos á la inspiracion de sus corazones aun vírgenes, eran siempre guiados por los Jesuitas á un fin nacional. Glorificaban el nombre de su país, república ó monarquía; sabian evocar sus grandes hombres con el objeto de ofrecérselos á los niños como modelos. Todavía existe en Francia la coleccion de un diario, el *Mercurio*, que después de haber atravesado dos siglos, presenta en sus olvidadas páginas la corroboracion de este hecho. Deseando los Jesuitas del colegio de Luis el Grande inflamar el ardor de la juventud, al paso que despertar en su alma un profundo sentimiento de orgullo patriótico, la ayudaron el 21 de agosto de 1680 á celebrar las victorias de la Francia. El 10 de octubre de 1684 encomió en su presencia el P. La Baume las antiguas glorias del Parlamento, y los servicios que habia prestado este, para impulsarla á respetar las instituciones del reino: en setiembre de 1717 disertaron públicamente acerca del estado de vida mas útil al país: el 6 de agosto de 1720 honraron á la industria y agricultura: por último, en el mes de enero de 1728 se discutió entre los jóvenes si los franceses superaban á las demás naciones en las obras del ingenio; cuestión que se agitó y resolvió en medio de solemnnes debates. En los demás Estados se renovaba igualmente lo que sucedia en el reino cristianísimo. A los muchachos nacidos bajo el régimen monárquico enseñaban los Jesuitas la fidelidad inherente al súbdito leal, porque ellos tambien lo eran; y haciéndose republicanos bajo el Gobierno democrático, proponian á sus alumnos para

¹ El autor de esta comedia es el P. Cereau.

que los imitasen, los ejemplos famosos de aquellos héroes que habian conquistado ó defendido la libertad de su patria.

Una educacion tan francamente popular, y cuyo ardiente promotor habia sido Loyola, progresó rápidamente al par de su Instituto; siendo incesantemente seguida la marcha que trazara. Aquellos oradores, poetas, historiadores, matemáticos, teólogos y misioneros, que habian fecundizado el desierto, y evangelizado á los salvajes; aquellos sugetos, cuyos nombres, virtudes y ciencia era un motivo de gloria para la Sociedad, pasaban sucesivamente á ocupar en los colegios unas funciones modestas, aunque útiles, que si para los padres eran una garantía, para los niños eran un honor, del que trataban de hacerse dignos á todas las horas del dia por medio de una emulacion incesante. Y no se circunscribia la influencia de estos maestros únicamente á los muros del establecimiento; propagábase de tal modo al exterior, que con verdad pudo decir el cardenal de Maury¹: «El colegio de los Jesuitas en Paris venia á ser un punto céntrico que llamaba la atención de los escritores mas célebres y de los sugetos mas distinguidos de todos los rangos: era una especie de tribunal permanente de literatura, al que Piron, en su estilo enfático, acostumbraba llamar el *Panteon de las reputaciones literarias*, tenido siempre por los literatos como el origen principal y el foco de la opinión pública en la capital.»

La delicadeza de su gusto, unida á la pureza de su estilo, les invistieron con esa magistratura de la crítica, que se les vió desempeñar siempre con tanto tino como conciencia literaria. Los reyes y los pueblos habian comprendido tan perfectamente el influjo de los Jesuitas, y los resultados que debian obtener sobre la moral, que la Compañía se vió muchas veces precisada, á pesar de las rivalidades universitarias, á la fundacion de nuevos establecimientos. Y sin embargo, formando el censo de los que ya poseian en 1710, produjo la suma de seiscientos doce colegios, ciento cincuenta y siete pensionados ó escuelas normales, cincuenta y nueve noviciados, trescientas y cuarenta residencias, doscientas misiones, y veinte y cuatro casas profesas. Poseia además veinte y cuatro universidades, en las que se conferian los

¹ *Elogio del abate de Radonvilliers, de la Academia francesa*, pronunciado por el cardenal Maury, el dia de su recepcion en el Instituto de Francia, 6 de mayo de 1807. El citado abate de Radonvilliers habia sido Jesuita.

grados académicos. En el momento de la disolución en 1762, el Atlas universal del Instituto prueba que en sus últimos años la Sociedad progresaba todavía, puesto que se hallaba al frente de seiscientos sesenta y nueve colegios. Los Jesuitas no se establecían en las ciudades, porque el Gobierno así lo exigiese ó mandase á sus habitantes; sino que estos los llamaban de su propia voluntad, dotaban al colegio con arreglo á sus facultades, y con esto solo se inauguraba su misión. Trazando Chateaubriand el cuadro perteneciente al Instituto en su *Genio del Cristianismo* (tomo VIII, pág. 199), dice con una emoción que no debe despreciar la historia: «La Europa ilustrada ha padecido una pérdida irreparable con la supresión de los Jesuitas. La educación no «ha vuelto á realizarse desde que cayeron. Eran singularmente «estimados de la juventud. Sus modales cultos eliminaban de su «enseñanza aquel tono pedantesco que arredra é intimida á la «infancia. Como la mayor parte de sus catedráticos eran literatos «escogidos en el gran mundo, los jóvenes se creían á su lado en «una ilustre academia; y como por otra parte habían sabido es- «tablecer entre sus alumnos una especie de patronato que redun- «daba en provecho de las ciencias; estos vínculos, formados en «la edad en que el corazón se franquea á los sentimientos genero- «sos, no solo no se desunían jamás, sino que consolidaban en lo «sucesivo entre el príncipe y el literato aquellas antiguas y no- «bles amistades que recordaban las de los Escipiones y los Lelios.

«Alimentaban además esas veneradas relaciones entre los discí- «pulos y el maestro, tan gratas en las escuelas de Platon y Pitágo- «ras. Llenábanse de noble orgullo cuando creaban algún grande «hombre, cuyo genio habían preparado, y reclamaban una parte «de su gloria¹. Un Voltaire dedicando su *Merope* á un P. Porée, y «llamándole á boca llena su *querido maestro*, es uno de esos be- «llos rasgos que ya no presenta la educación moderna. Naturalis- «tas, químicos, botánicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, «poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, to- «do lo han sido los Jesuitas: no existe un solo ramo del saber hu- «mano que no hayan cultivado con celebridad y esplendor.»

Su educación imprimía un sello de religión, de honor y de pro-

¹ Refiriéndole un día al P. Porée que había dicho Voltaire: «El P. Porée «no es un gran poeta. — Al menos, contestó el modesto é ingenioso profesor, «no podrá negar que he sabido formarlos.»

bididad sobre toda una existencia, y ella es la que ha formado tantos pontífices ilustres, generales, magistrados, literatos y escritores célebres que formarán la eterna gloria de su patria. De un lado vemos á los Borbon, Rohan, Montmorency, Farnese, Villars, Luxemburgo, Radziwills, Montecuculli, Richelieu, Duaras, Spínola, Gramont, Boufflers, Firmian, Furstemberg, Esterazy, Mortemart, Tilly, Walstein, de Estrées, Broglie, Choiseul, D. Juan de Austria, Beauvant y Crequi; del otro los papas Gregorio XIII y Benedicto XIV, los cardenales Noris y Marza Ángelo, san Francisco de Sales y Bossuet, Liguori y Fenelon, Flechier y La-Rochefoucault, el cardenal de Polignac y Huet, el abate Fleury¹ y Belsunce, el cardenal de Fleury y Languet, Federido Borromeo y Quiri-

¹ El abate Fleury, el historiador de la Iglesia, que conservó eternamente hácia los Jesuitas, sus maestros, una respetuosa gratitud, para legarles una prueba solemne de ella, compuso un pequeño poema sobre la biblioteca del colegio de Clermont, ó de Luis el Grande. Hé aquí un pasaje en que confunde el autor en un mismo y merecido elogio á los PP. Perpiñan, Maldonado, Fronton del Duque, Saillan, Sirmont, Gressoles, Petau y Caussin, profesores en otro tiempo en este colegio, y cuyos retratos estaban colocados en la biblioteca:

Contra dant ubi magna novem intervalla fenestras,
Ora novem sunt picta virum, quae maxima *Claro*
Lumina fulxerunt *Monti* dum vita manebat;
Nunc totidem aethereas exornant sidera sedes.
Primum PERPINIANUS habet, quem regia quondam
Dicentem plenis effusa Lutetia templis
Suspexit. Post hunc te, MALDONATE, videmus,
Cui nulla in sacris arcana impervia libris:
Et te doctrina clarum eloquioque potentem,
AUGERI, si qua est dicendi copia. Necnon
Doctorum ornator DUCAEUS FRONTO Pelasgum
Insequitur, cui tantum, Chrysostome, debes.
Nec SALIANUS abest: quique antiquissima tanto
Christianum excussit studio monumenta priorum,
SIRMONDUS, nulli scribendi laude secundus;
CRESSOLI deinde ora vides, quo doctior alter
Non fuit, excepta sapientis mente PETAVI:
Hunc latuit nihil humanum quo tendere posset
Ingenium. Quidquid veteres scripsere Latini,
Quodcumque Inachidum prisca de gente relictum est
Noverat, hebraeaeque arcana volumina sectae.
Hic si romana lussisset carmina lingua,
Carmina, Virgilium Romae luisse putares.
Sermonem Latio scripsisset more solutum,
Sermonem poterat Cicero dictasse videri.
Plura alii melius referent, quos inclytus heros
Agnovit socios, aut qui stupere docentem.
Fata illum nobis etiam videsse negarunt.
Tu super unus eras calamo, CAUSSINE, disertio
AULAM qui faceres dictu mirabile SANCTAM.